

Pregón de San Benito.

A tí mi santinu:

!Hay San Benitín; !San Benitín;

Quién me lo iba a decir a mí.

Yo que soy de natural vergonzosa a no poder más, que de niña me aferraba a las faldas de mi madre para esconderme detrás.

Mira donde me veo ahora intentando conciliar los nervios, la vergüenza y la emoción al recordar.

Es una experiencia tan bonita, que me hace suspirar y morir de la angustia de no poderme expresar.

Hay San Benito, cuanto honor el que me das. El que me otorgan mis paisanos, que no sé yo si debieran confiar en esta cañaveraliega que les quiere saludar.

Hablarles de ti, mi San Benito, es retroceder a otra edad. La edad de la inocencia y las ganas de jugar. Es recordarme de niña esperando tu día para ponerme mi ropa recién estrenada, deshacer las trenzas y soltar mi pelo largo sin que mi madre me fuera a regañar. Había que estar bonita para poderte festejar.

San Benito de mi alma, no sabes la ilusión que me hacía ir a misa el domingo, yo quería ser mayor para poder comulgar.

Me gustaba sentir mis pisadas que reverberaban en las piedras provocando un eco singular. Y es más, no te lo creerás, pero me sé la misa palabra por palabra, no es casualidad.

Te contaré San benito que me daba miedo la velá, esas llamas eran enormes para una niña de corta edad.

Me quedaba embelesada mirándolas danzar, siempre me parecía que soltaban chispitas mágicas, yo de niña soñaba con que me salieran alas para poderlas saltar, pero solo los chicos grandes se atrevían a volar por encima y más de un susto nos daban al aterrizar.

Te diré mi santinu que ese domingo de resurrección era especial. Yo esperaba la visita de mis tíos con la mirada encendida por algo muy personal.

En mi casa poco había y menos... dinero para gastar, por eso yo esperaba el aguinaldo que sabía que estaba por llegar.

Que ilusión juntar unas perrinas y poder ir a la romería del cardal.

Era coger la calleja de los molinillos y sentir que el corazón me iba a estallar de felicidad.

Cuantas cosas para escoger, pero una se lo tenía que pensar. Que sensación de puro gozo cuando las pesetas me alcanzaban y podía comprarme lo que más me gustaba... una pelotita con una goma que anudaba a mi dedo corazón y a disfrutar. Me pasaba toda la tarde

dándole a la pelota con tal gana que la goma acababa rota antes de terminar.

Hay San Benito, y que contarte de los dulces y las garrapiñás, era obligado llevarle a mi madre un paquetito porque ella con el luto por mi padre ni quería fiestas.. ni ná.

Mi hermana Pilar y yo le comprábamos las garrapiñás a medias y una rosquilla de Torrejoncillo para nosotras que partíamos al medio, midiendo bien la igualdad. Dos partes iguales que duraban más de lo que se podría pensar. Sabores de infancia que aun hoy en día se quedan prendidos en la memoria de lo bonito y nos hacen sentirlos y hasta paladearlos solo con recordar.

Y que felices eramos mi San Benito con casi na.

El cardal se llenaba de algarabía, por un lado estaba el tamborilero con su flauta de la que salía una melodía que me produce una onda nostalgia cuando la vuelvo a escuchar. Gente bebiendo, otros bailando, comiendo, los niños corriendo, todo era felicidad.

Y como tu bien sabrás, llegaba el momento de subir al santo y todo eran carreras para coger el mejor sitio y no perderse una de las costumbres mas bonitas que yo haya visto jamás. El mejor postor tenía que ganar y hacerse con las andas para meterte a la iglesia en un colofón sin igual. las pesetas volaban a las andas y las carreras no paraban y tu mi santinu bailabas al compás y hasta parecía que de tus labios se escapaba una sonrisa de alegría al vernos festejar. Una fiesta que debería ser patrimonio cultural de la humanidad, teniendo en cuenta su singularidad.

Y ya San Benito tocaba descansar, pensar en el año siguiente y volver a empezar para poder gritar a todo pulmón,

!Viva San Benito;

!Viva Cañaveral;